



El Poema de Elena y María

El Poema de Elena y María es una obra singular en la literatura medieval española. Nos ha llegado en un extraño manuscrito en papel de minúsculas dimensiones (65x55 mm.), aunque letra de tamaño corriente para permitir su lectura (unos 240 caracteres por página de unas ocho líneas cada una). El manuscrito se muestra muy dañado por la polilla y deteriorado en sus márgenes, lo que ha ocasionado lagunas y pérdidas de texto. A las veinticinco páginas que ocupa, les faltan algunas otras al comienzo y al final, de manera que no sabemos cómo comenzaba el texto ni cuál era su desenlace. Lo dio a conocer don Ramón Menéndez Pidal a comienzos del siglo XX, a quien se lo había proporcionado el bibliófilo don Juan Sánchez, que lo había recibido del bibliófilo barcelonés Salvador Barba.

El manuscrito parece que data de finales del siglo XIII o principios del XIV, por el tipo de letra y la clase de papel en que está escrito. También sus características lingüísticas y literarias han llevado a situarlo en esos finales del s. XIII, aunque sus rasgos occidentales y leoneses de origen y su castellanización posterior con patente frecuencia de apócope verbal, propia de habla franca, parecen reclamar una fecha anterior en la primera mitad del siglo. Desconocemos, sin embargo, su procedencia y el uso literario que se le dio. Es, en realidad, un poema culto, que trata un tema de época, como era el debate entre el clérigo y el caballero, de resabios escolares y letrados, pero seguramente atractivo para un público popular más amplio, que se agolpaba en la plaza pública para oír al juglar su recitado más ágil y jocosos. Por eso ha podido conservarse en un librito destinado a la faltriquera del juglar, pero no propio para los anaqueles de una biblioteca nobiliaria.

El debate sobre la preferencia del amor del clérigo o el del caballero fue tema tratado con cierta asiduidad en poemas de los siglos XII y XIII, tanto en latín como en lengua romance. Habitualmente se trataba de un debate entre dos mujeres, en animado y chispeante diálogo, que defendían sus respectivas preferencias, una por el clérigo y otra por el caballero, cuyas virtudes ensalzaban al tiempo que criticaban los defectos del contrario. Solían terminar llevando su causa ante un juez experto en amores, que

podía ser el propio dios Cupido o un representante suyo, el cual dictaba sentencia a favor de uno u otro candidato.

El tratamiento del tema parece que surge en zonas cultas europeas de Francia y Alemania, en poemas latinos clericales y goliardescos, como la *Altercatio Phyllidis et Flore*, en los que se impone la solución de la mayor aptitud para el amor del clérigo (el escolar) que el caballero. En poemas de la órbita cortés, como los occitánicos *Jugement d'Amour* o *Hueline et Aglantine*, la oposición que se establece es en realidad entre cortesía y villanía, de la que salen ganadores nuestros dos personajes, puesto que ambos encarnan aquellos ideales más refinados. En otros, alejados de los centros más intelectuales y cortesés, como el anglonormando *Florence et Blanche flour*, se exaltan más bien los viejos ideales guerreros caballerescos y se ataca la intromisión del clérigo, ya hombre de iglesia, en la sociedad cortés y galante.

El poema castellano presenta también una solución, podíamos decir periférica, distante de los centros de irradiación, ni clerical ni cortés, sino más bien relacionada con la aparición de una nueva clase ciudadana burguesa, que critica por igual a los representantes de los viejos estamentos sociales, el clérigo de iglesia (un abad, en este caso) y el caballero. El poema, sin los adornos retóricos ni el ropaje culturalista de sus congéneres europeos, plantea el debate en un estilo sencillo y directo, en pareados irregulares, forma métrica muy apta para el recitado de un juglar que se dirige a un público poco culto y se deleitaría con la crítica mordaz y por igual al clérigo y al caballero.

En nuestro poema, las dos mujeres que intervienen son Elena y María, hermanas e hijasdalgo. María, en la parte inicial perdida, habría comenzado criticando al caballero y defendiendo al clérigo, que no es alocado ni jugador como aquel. Sus palabras provocan la intervención de Elena que, hablando con gravedad, exalta a su caballero como defensor y guerrero frente a la inacción y muelle apacibilidad del clérigo. María replica alabando esa vida apacible de su enamorado, rodeado de comodidades y bienes, y no la vida menesterosa del caballero, que no hace sino mendigar en palacio, pasar toda suerte de penalidades y regresar con las manos vacías. Elena responde ya airada a las palabras denigratorias de María y defiende la vida palaciega de su caballero que, además de infanzón, con caballeros y escuderos a su cargo, frecuenta palacio y se ejercita con apostura en una de las actividades más preciadas de la corte, como era la caza con azores y halcones, al tiempo que honra a su amiga con regalos y vestidos de fino cendal. Un beso suyo vale más que cinco del abad, quien físicamente resulta un tipo desagradable, una especie de escuerzo, enfundado en su capa, por la que sólo asoma el cuello, cabeza y barba rapadas. Su ocupación, aparte de

rezar rutinariamente el salterio, es dormir y holgar, y seducir a hijas de hombres buenos.

María responde también airada con igual descalificación del amigo y hace un retrato devastador del caballero: en palacio no gana soldada y casi nunca tiene nada que traer a casa, juega y empeña su caballo, armas y vestido en la calle de los francos. Despojado y muerto de frío regresará a su posada, sin palabras ni abrigo para su amiga, cuyos vestidos también tendrá que empeñar, y cuando todo lo haya gastado, le dará por robar y terminará ahorcado en un otero. Su clérigo, en cambio, lleva una envidiable vida regalada, mucho trigo y vino, plata y dineros, vestidos de pieles, y buenas ganancias de los diezmos y primicias, que ella comparte feliz: "a Dios grado en el mío amigo, / non he fambre nin frío / nin mengua de vestido". Elena le recuerda que esa buena vida es prestada, que depende de las ganancias de la iglesia, de las ofrendas y limosnas, y que como *monaguesa* (es decir, barragana del abad), este siempre la maldice en sus oraciones y en público tiene que tratar de ocultarse en los últimos lugares, en tanto que ella irá siempre de la mano de su caballero y la tratarán como condesa. María se muestra ya cansada del debate, que a ninguna de las dos aprovecha, pero quiere apurar los argumentos y vuelve a arremeter contra la mala vida del caballero ocupado en guerras y sin dineros, mientras que una vez más se complace en la vida regalada que le proporciona su amigo. El abad, replica, no la maldice en sus oraciones, pues quien ama en su corazón, no puede maldecir al mismo tiempo, ni es malo tampoco ser mujer de abad, pues, si así estuviera escrito, sólo ordenarían a abades castos y, en fin, si a ella llaman *monaguesa*, a la amiga del caballero dirán *cotaifesa* (soldadera).

En vista de tantas desavenencias, María propone llevar el pleito a la corte del rey de amor, el rey Oriol. Es esta la mejor corte del mundo, la más alegre, apacible y divertida, donde sólo se hace cantar de amor y rimar versos nuevos: tan gozosa es que nadie allí teme a la muerte. Como en el *Jugement d'Amour*, la corte está poblada por multitud de vistosas aves y pájaros cantores, como el ruiseñor, el azor, el gavilán, la calandria, el petirrojo o el jilguero. Sin que sepamos más de aquella corte, pues vuelve a interrumpirse el relato por falta de alguna página, estipuladas las condiciones del juicio, las dos hermanas se ponen en camino y llegan ante el rey Oriol, a quien piden que dirima la disputa. Toma la palabra Elena, que comienza atacando severamente al clérigo, al que acusa de contentarse y lucrarse con la muerte de sus vecinos, a quienes arteramente les sonsaca los dineros a cambio de celebrar su entierro y decir misas por su alma; su caballero, en cambio, es valiente, rico y generoso con su amiga... En ese punto se interrumpe definitivamente el poema por pérdida de las últimas hojas, y nos quedamos sin saber en qué términos seguiría el alegato de Elena ni qué respondería María en defensa del clérigo, ni cuál sería la sentencia del rey Oriol.

Como vemos, aunque por su estado fragmentario no conocemos el desenlace del debate, sobre el que se han especulado diferentes soluciones y vencedores, el poema castellano acoge una dura sátira a los dos personajes, el clérigo y el caballero, pilares fundamentales de la vieja sociedad estamental. Los dos resultan contradictorios y poco virtuosos. El caballero es, en efecto, el defensor, el *bellator*, que tiene soldados y escuderos, y se ejercita en guerras y armas. Y es también el caballero cortés, que frecuenta palacio, habla y practica cortesía, agasaja con regalos a su dama y es cazador de altanería. Pero a la vez que reúne esa doble condición, es un infanzón pobre, menesteroso en palacio y dado a los juegos de azar, que le llevan a empeñar sus haberes y a la ruina. El clérigo, por su parte, es ya sólo un hombre de iglesia, un abad, no un escolar, sino más bien pobre de clerecía, que reza los salmos y la misa, enseña a sus monaguillos y oficia el entierro de sus vecinos. Vive de las ganancias de la iglesia, de los diezmos y limosnas y de las misas de difuntos, lo que le proporciona buenos dineros para llevar una vida holgada y regalada que comparte con su *monaguesa*. Pero no es este propiamente su pecado, pues el concubinato estaba de un modo u otro permitido a partir del concilio de Letrán de 1139, sino su incontinencia carnal que le lleva a practicar una suerte de pederastia, a seducir (*enartar*) a las hijas de sus buenos feligreses.

Pero si estos personajes son los que toma el poema como argumento y objeto de debate, las verdaderas protagonistas son las dos mujeres, Elena y María, las dos hermanas hijasdalgo. Ellas son las que sostienen el casi puro diálogo que es el poema, en el que prácticamente ha desaparecido la voz del narrador, que se limita a introducir, como juglar, algunas llamadas al auditorio o a informar sobre el tono de voz de las intervinientes. Ellas son las que cuentan todo lo que ocurre en el poema, las que nos hacen presentes y dan vida al abad y al caballero, con sus defectos y cualidades, y nos los muestran en su entorno más vivencial: el palacio, las armas, la caza por la ribera, el juego en la calle de francos, o los rezos y la misa, el confesonario donde trama sus engaños el abad o la casa regalada donde aguarda la amiga. Son también ellas las que narran la acción del poema con el viaje a la corte del rey Oriol, y describen las maravillas y esplendor de aquella corte sin par, donde sencillamente no hay sentimiento de la muerte.

Por lo demás, son dos caracteres distintos, María aparentemente más apacible y conforme con el amor de su abad, que la colma de tranquilidad y bienestar, pero muy severa con la vida de apariencias del caballero. Elena, más enérgica y vehemente, está enamorada de su caballero, de su vida activa y guerrera, y de su apostura y gentileza en palacio. Se siente satisfecha con los vestidos y regalos con que la obsequia, y sabe que valen más sus besos que los del abadón pescozudo y vicioso con quien habita su

hermana. A ambas lo que de veras las mueve es el sentimiento amoroso, el amor por su enamorado, su clérigo o su caballero.

Por eso su contienda, aun teñida de críticas e improperios y ofuscada por la sátira de tipos y comportamientos, no es sino un debate, una disputa amorosa, que no puede ser dirimida sino por el dios de amor, en aquella corte donde el único ejercicio es amar y cantar versos y canciones de amor.

Miguel Ángel Pérez Priego

Catedrático Emérito de la Literatura Española de la UNED

Para más información consulte:

www.bne.es/es/AreaPrensa/
[@BNE_biblioteca](#)
[Facebook BNE](#)

Gabinete de Prensa de la **Biblioteca Nacional de España (BNE)**

Telf.: 91 5168006 ó 17 ó 23 / Móvil: 650398867

gabinete.prensa@bne.es / comunicacion.bne@bne.es